tuviera á bien resolver el supremo gobierno, y que marchara á la campaña segun lo pedia.

Preocupado el Sr. Gamboa con la opinion que de mí tiene formada, ve todas las cosas por el prisma que él mismo ha inventado, y sin hacerse cargo de las causas que me impulsaron á salir de San Luis Potosí, se le ha hecho *sospechoso* que yo hubiera emprendido ese movimiento casi al mismo tiempo que el general Scott desembarcaba en la costa de Veracruz, por lo cual ahora es de parecer *que yo debí dejar abandonado el Norte, aunque el general Taylor avanzara por aquella parte, y marchar con el ejército, atravesando la República, para oponerme al nuevo general, que nos invadia por el Oriente.* Solo el que no tenga ni un ápice de juicio, puede proponer ese proyecto, que si yo hubiera puesto en obra, sin previas órdenes del supremo gobierno, me habria hecho responsable de los malos resultados que hubiera producido, y entónces se habria dado motivo á las calificaciones deshonrosas que despues se me han prodigado. Primeramente, es necesario recordar, que yo fuí nombrado general en gefe del ejército del Norte, y no generalísimo, para que hubiera podido disponer de todas las fuerzas de la República, y organizado la defensa de una á otra de sus estremidades. En segundo lugar, no es esacto que el general Scott se presentara en Veracruz cuando yo marché á la Angostura, y mas bien la noticia que entónces corria, era *que se pensaba hacer en Tampico una reunion considerable de fuerzas, para dirigirse á San Luis Potosí, y ocupada esta ciudad, seguir á la capital.* Y últimamente, ¿quién podia ecsigirme, con razon, que estuviera presente por cualquier estremo que apareciese el enemigo? ¿Un ejército solo con la fuerza del de mi mando, y mal provisto, pudiera acaso defender un

pais tan estenso? ¿No estaban ya dadas las disposiciones necesarias para la defensa de Veracruz? ¿No dispuso el gobierno que se reuniera en Jalapa, ó el Puente Nacional, una division que protejiese aquella plaza? ¿No es cierto que la asonada de México frustró esa determinacion? Hechos son éstos que han pasado á la vista de todos, y nadie habrá que tenga la temeridad de negarlos. ¿Luego por qué se me imputan los delitos agenos, y se quiere que yo atendiera á los errores que se cometian á mas de doscientas leguas de distancia del punto de mi residencia? Y con todo, aunque á esto no me hallaba obligado de ninguna manera, cuando supe la revolucion de la capital, y fuí escitado por la mayoría del congreso general, me puse en marcha con toda violencia, é hice á la nacion el servicio de aquietar á los partidos que en aquellos críticos momentos se batian con las armas desesperadamente, presentando al mundo ese escándalo mas. Restablecida apenas la calma, ocurrió la pérdida de las primeras plazas de la República, quedando por el Oriente abiertas las puertas á los americanos. Volé entónces al Estado de Veracruz, con la esperanza de reunir fuerzas en el camino, y disputar el paso al general Scott hasta donde me fuera posible, quien engreido con su triunfo, se preparaba á internarse. Para esta empresa *el gobierno nada tenia preparado,* y no era fácil improvisarla faltando los materiales; pero animado del celo con que he procurado servir á mi patria en cualquiera circunstancia, no dudé en pelear con tantas desventajas. Por el Norte poco habia entónces que temer, por haber inutilizado el general Taylor para moverse.

Visto ya todo lo relativo á mi residencia en San Luis Potosí, y á la batalla de la Angostura, con todos los pormenores que se le han agregado, me ocuparé ahora de la

accion de Cerro-Gordo, cuya pérdida ha ecsagerado el Sr. Gamboa, por no tomarse el trabajo de indagar cuáles fueron las causas positivas que dieron ese resultado, ni hacer caso de los partes oficiales que las esplican.

Un punto ventajoso por la naturaleza necesita de la ayuda del arte para ser verdaderamente fuerte; y aun así es inútil, si sus defensores carecen de inteligencia, valor y decision. El de Cerro-Gordo se encontraba abandonado y cubierto de maleza, al presentarme para preparar su defensa: carecia de agua, y dispuse luego llevarla del Encero por una cañería de tres leguas, segun se efectuó. Ni peones ni herramientas habia, y providencié que de mi hacienda y pueblos inmediatos se atendiera á esta necesidad como se pudiera. Escaseaba el dinero, y establecí una proveduría, dando mi responsiva á D. Bernardo Sáyago, comerciante de Jalapa, por los efectos que remitiera. Faltaban carnes, y doné mis ganados, que conducian mis propios sirvientes. Todo procuré allanarlo, todo lo puse en movimiento, nada omití al intento de contener al invasor y castigar su osadía; mas sabedor seguramente de mis esfuerzos é inintenciones, se apresuró á interrumpir mis trabajos á los *diez dias* de comenzados. Quedaron por esto las obras incompletas, el terreno sin despejar, y accesibles al asalto las posiciones, adonde aquel debió encontrar obstáculos, resistencia y la muerte. Quince dias mas habrian bastado para mi intento. Digan los que presenciaron mis disposiciones y mis afanes, y los que vieron los trabajos ejecutados, si con los elementos de que pude disponer, cabia en la posibilidad humana hacer mas. ¿Puede culpárseme, con algun viso de razon, porque el tiempo angustiado no me permitiera proveer á todas las necesidades de Cerro-Gordo? Si mi acusador se limitara á

calificar mi intentona de imprudente ó temeraria, á decir que el deseo de gloria ó un celo ecsaltado me habia inducido á tal empresa, yo callaria; pero no: se empeña en persuadir que son mias las faltas de los funcionarios que descuidaron la fortificacion en tiempo oportuno de una garganta tan importante, para amontonar cargos sobre mí, que el honor y la inocencia rechazan. No he solicitado encomios, ni los espero en esta infeliz época, por un servicio que quise prestar de buena voluntad á la patria en su mayor conflicto; mas tampoco toleraré impasible que él sirva de pretesto al encono, para degradantes é injustas inculpaciones.

Las fuerzas que logré reunir y emplear en la defensa improvisada de Cerro-Gordo, no pasaron de seis mil infantes, y de mil y quinientos caballos. En los primeros incluyo los batallones 3.°, 4.° y 11.° de línea, y el 1.°, 2.°, 3.° y 4.° ligeros, procedentes de la Angostura: una mitad de los infantes pertenecia á la Guardia Nacional de los Estados de Veracruz y Puebla y del Distrito de México: éstos carecian de instruccion, de buenas armas y de equipo. No comprendo en el número total los mil hombres que de la ciudad de Puebla llevó á sus órdenes el general D. Manuel Arteaga, porque se incorporaron en los momentos de decidirse la accion, y puede asegurarse que no tomaron parte en ella.

Compárense ahora mis elementos con los del general Scott, y dígase francamente por quién estaban todas las ventajas. Yo ocupaba varias alturas, fortificadas malamente unas, sin fortificar otras que defendian veteranos estropeados, rendidos de cansancio por haber caminado trescientas leguas, y milicianos que dejaron los talleres, el arado y la lanzadera para tomar las armas. Mis cañones se encontraban mal dotados, y parte de ellos sin

colocacion por la falta de esplanadas y atrincheramientos en que debieron situarse. El general Scott mandaba un ejército de catorce mil hombres: la diferencia de posiciones le compensaban demasiadamente el número y la calidad de su tropa: su artillería en todo manifestaba superioridad á la mia: tenia abundancia de proyectiles de todas clases, y en mi campo se carecia de ellos en lo absoluto: sus cartuchos de fusil portaban sobre la bala tres postas reales, con que en pocos momentos de fuego me ponian fuera de combate á muchos hombres: su gran tren de carros conducia cuanto su tropa podia necesitar para vivir cómoda y pelear con ventaja; ademas, él marchaba con el entusiasmo de la victoria, que infundia á nuestros bisoños soldados desmayo y desaliento, oyendo á los tímidos pintar como invencibles á los que habian rendido las plazas mas fuertes de la República, cuando encerraban dentro de sus muros casi tantos defensores como los que se presentaban á resistirlos en Cerro-Gordo. ¿Que tiene, pues, de estraño el triunfo de este enemigo? Lo contrario, sí, habria sido sorprendente é indudablemente heróico.

Esta resistencia habria comenzado desde el Puente Nacional, si no me hubiera encontrado con las fortificaciones desechas, los cañones clavados y embarrancados, el parque destruido, y abandonado el punto por los cuerpos de la Guardia Nacional que lo cubrian, y desertaron luego que ocurrió la pérdida de Veracruz, segun me participó el Escmo. Sr. general de division D. Valentin Canalizo á mi llegada al Encero.

En momentos tan perentorios, cuando el honor de la nacion demandaba pelear, consideré la defensa de Cerro-Gordo de absoluta necesidad, aunque no tuviera certeza del buen écsito, á lo ménos para convencer al invasor de

que no se internaria con facilidad, pues necesariamente sufriria pérdidas, que repitiéndose en otros encuentros, pronto quedaria reducido á nulidad, ó á la nada, si la fortuna nos era propicia. Por otra parte, si yo no disputaba el paso de Cerro-Gordo, los que estaban á caza de pretestos para deturpar mi nombre, en lugar de atribuirlo á un principio de prudencia, ó á los inconvenientes que se presentaban, comentarian á su modo esta conducta, y hoy apareceria horriblemente pintada en la acusacion del Sr. Gamboa.

Se ha divulgado que la derrota de Cerro-Gordo fué originada *de que menosprecié las indicaciones de algunos gefes para que se atendiese á nuestro flanco izquierdo; de que tampoco hice aprecio de los avisos que se me dieron de la tala que en el monte estaba haciendo el enemigo, y de que la caballería se colocó de modo que no pudo obrar en la batalla.* Para hacer tales aserciones, se necesita, ó una impostura descarada, ó una total ignorancia de los acontecimientos que allí tuvieron lugar. Ni nuestro flanco izquierdo estuvo desatendido, ni se me hicieron las indicaciones que se citan. Con respecto á la colocacion de la caballería, no sé si mi acusador tendrá conocimiento del terreno; pero si no lo tuviere, debe saber, que allí no se le podia hacer obrar debidamente, porque solo el camino está despejado, y los lados están cubiertos de bosques mas ó menos espesos; por lo mismo quedó colocada en donde podia serlo, únicamente para apoyar la batería de nuestra izquierda, que adelante mencionaré, cubrir la retaguardia y protejer, en un caso fortuito, la retirada. Costumbre ha sido de los que abandonan anticipadamente el campo de batalla, desparramar especies con que creen cubrir la afrenta que los sigue, y tales casos se han repetido con esceso en esta

campaña, como es bien sabido, seguramente por la impunidad en que quedaban esos miserables, que tanto han contribuido con su charla é invenciones al desaliento de los pueblos, que inadvertidamente los escuchaban. Ya he manifestado que no tuve ni tiempo ni medios suficientes para despejar, atrincherar, artillar y cubrir debidamente tantos puntos cuantos era menester defender, y que fué preciso pelear en algunos de ellos á cuerpo descubierto, con la incomodidad de los arbustos, que al enemigo sirvieron admirablemente para aprocsimarse sin ser visto ni perjudicado de nuestros fuegos. No obstante tantos inconvenientes, obrando únicamente por las inspiraciones de mi propio deber, dispuse la víspera de la batalla, despues de la funcion de armas que tuvo lugar este dia, que al cerro del Telégrafo se subieran y colocaran nuestras piezas de mayor calibre, y que reunidos en él los peones y herramientas que hubiera, se trabajara sin cesar en los atrincheramientos designados, lo que se verificó aun en la noche y en los momentos del combate En la madrugada yo mismo establecí una batería de cinco piezas en un cerro pequeño que se halla á la orilla izquierda del camino principal, y en línea paralela con el del Telégrafo, calculando puntualmente que por allí podiamos ser flanqueados: ella estuvo sostenida al principio por el 11.° batallon, á las órdenes del Sr. general graduado D. Francisco Perez, y por la division de caballería al mando del Escmo. Sr. D. Valentin Canalizo, que se conservó formada en la calzada del camino: el frente de esta batería estaba algo despejado, y aunque con incomodidad, la caballería podia obrar en un caso preciso: por esto previne á S. E. el general Canalizo que, *si se presentaba el enemigo por aquellos claros, procurara hostilizarlo de la manera posible, para darle protec-*

cion á nuestra batería. El invasor comenzó por atacar el cerro del Telégrafo, del que fué rechazado el dia anterior, y observándolo atentamente, pude ver un peloton de tropa nuestra que bajaba en retirada: me dirigí á su encuentro, y me cercioré que pertenecia á los batallones 3.° y 4.° de línea, y que venia con ella el Sr. general graduado D. José Uraga, segundo comandante del punto: sorprendido de tal ocurrencia, me limité á prevenirle, *que regresara al instante á desempeñar sus deberes,* y á mis ayudantes, *que con espada en mano contuvieran á la tropa y la volvieran á sus puestos.* Juzgué necesario reforzar aquella interesante posicion, é hice marchar prontamente á los batallones 3.° y 4.° ligeros que estaban en reserva; en seguida al de Granaderos de la Guardia, y últimamente, no teniendo disponible otra fuerza, al 11.° de línea, pues el enemigo redoblaba sus esfuerzos para ocuparla. Este cuerpo iba á la medianía del cerro, cuando lo ví envuelto por los que de arriba se precipitaban huyendo, habiendo acontecido lo mismo á los Granaderos de la Guardia. En esta sazon, el Sr. general D. Manuel Arteaga se me presentó con las fuerzas que conducia de Puebla, á quien apenas tuve lugar de ordenarle *que se colocara en el cerro pequeño de nuestra izquierda y sostuviera aquella batería,* considerándola en peligro; mas al llegar este gefe al punto que le señalé, la caballería, haciendo un amago de carga á una columna enemiga que se aprocsimaba, *se marchó en retirada* por el camino principal, y el refuerzo de Puebla que esto vió, *imitó á los demas,* pudiendo haber servido bien, si ántes de una hora se presenta en el campo. El invasor, apoderado del cerro dominante, usó de nuestros cañones, y á metrallazos aumentó la confusion de tal modo, que nuestra tropa solo atendió á salir del peligro por dos ve-

redas de nuestra derecha, que del cantil de la barranca conducian al rio. En tal estado de cosas, no me quedaba mas arbitrio que seguir con la parte presente de mi estado mayor las huellas de los que me abandonaban, ó caer prisionero, y me decidí por el primer estremo, en momentos de avanzar el enemigo sobre dichas veredas: tomé, pues, la mas prócsima, que por estrecha y pendiente transité con dificultad, y llegando al rio, emprendí la subida de otra igual, que me condujo á un planío despejado: aquí dispuse la reunion de los dispersos, que aun podian oir el toque de llamada y tropa, y ordené al Sr. general D. Pedro Ampudia *que marchara con ellos á la hacienda del Encero*, para donde me dirigí, considerando que la caballería haria alto en aquellas hermosas llanuras, y que con su apoyo se podian recoger la mayor parte de los infantes que vagaran por las cercanías; pero el Sr. general Canalizo continuó al parage de la Banderilla, cinco leguas adelante del Encero, y por tal circunstancia me ví en la necesidad de pernoctar en la hacienda de Tusamapa, y partir á la madrugada del siguiente dia para la ciudad de Orizava á encontrarme con el Sr. general D. Antonio Leon, que del Estado de Oajaca conducia una brigada para Cerro-Gordo. Las demas fuerzas que cubrian las posiciones avanzadas y atrincheradas de nuestro flanco derecho, á las órdenes de los Sres. generales Jarero y Pinzon, no quedándoles otro recurso, capitularon, consumándose así el triunfo del invasor, pero no sin sacrificio de considerable número de hombres, que comenzó á perder desde la víspera de su intentona contra el cerro del Telégrafo, segun espliqué en mi parte relativo, ni sin la conviccion de que no faltaban mexicanos dispuestos á disputarle el terreno (8).

Ya se ve por lo espuesto, que la garganta de Cerro-Gordo, importantísima en el camino de Veracruz á Jalapa, para detener ó derrotar al ejército invasor ni se despejó, ni se fortificó hábilmente, pudiendo hacerse con oportunidad, y ni cubierta fué por un cuerpo de observacion de regulares tropas, bajo cuya custodia podian haber estado á prevencion los materiales y provisiones necesarios; por consiguiente, que á las personas encargadas del poder supremo pertenece indudablemente responder al cargo del Sr. Gamboa respecto de semejante desidia, y no á mí que, apremiado de las circunstancias, bastante hice de propio motivo para salvar el honor de la nacion altamente comprometido por la discordia civil: del mismo modo corresponde á otros satisfacer por las faltas en que incurrieron en el campo de batalla, y no al que allí iba á ser víctima de ellas; pero si las causales manifestadas con sencillez y pureza, sabidas de tantos, no satisfacieren, fácil es que sean ecsaminadas por los profesores del arte, no afectados del espíritu de partido y *no manchados en alguno de los acontecimientos* de la funesta guerra, cuyo fallo respetaré.

Podrá ser que la suspicacia de algunos los lleve al punto de argüirme con los partes que en ese tiempo dí al supremo gobierno, en que indicaba *el buen estado de nuestras posiciones, y que el enemigo se estrellaria en ellas:* en efecto, no falta razon para ese cargo, por haber querido yo con preferencia comprometer mi reputacion y mi ecsistencia, no obstante que conocia el peligro de perderlas, ántes que revelar al invasor el abandono y la indiferencia de los funcionarios, *que no habian hecho nada* para preparar convenientemente la defensa nacional. ¿Podia yo haber dicho entónces, que todo faltaba en Cerro-Gordo? Podia yo decir, que en la fortaleza de Perote

no habia balas de á ocho, ni de á doce, ni lanilla para cartuchos de cañon, ni papel para los de fusil, ni botes de metralla, y que nada de esto se proporcionaba porque no se mandaban recursos? ¿Podia yo decir, que habia sido preciso sacar de mi bolsillo la cantidad necesaria para la lanilla, el papel y la hoja de lata, porque de lo contrario nos iba á ser inútil la artillería, y faltarian cartuchos para los fusiles? ¿Podia yo decir, que nuestras tropas eran colecticias en su mayor parte, y que sobre ser malo su armamento, tenia el defecto de ser de diversos calibres? Obrando como hoy lo hacen los que me calumnian, debia hacer patente al mundo nuestra flaqueza y nuestros desarreglos, y manifestar al invasor nuestro verdadero estado, para que con mas audacia se hubiera dirigido al interior de la República; pero eso era indigno de mí, y *estaba reservado á los que, sin haber prestado el menor servicio, me persiguen.*

Al cargo de la pérdida de Cerro-Gordo, sigue el del *abandono de Puebla*, cuya ciudad, se dice, *que debió haber sido defendida á toda costa, para impedir al enemigo que se aprovechara de los abundantes recursos que podia proporcionarle.* La misma resolucion habia yo formado cuando en Orizava me dirigí á ella; y mi satisfaccion habria sido completa, si los que ahora me culpan de su abandono, hubieran escitado al Escmo. Sr. gobernador D. José Rafael Isunza y al Escmo. Sr. D. Nicolas Bravo, comandante general del Estado, á que prepararan algunos medios de defensa, como pudieron y debieron hacerlo para cumplir con lo que la nacion debia esperar de las primeras autoridades del segundo Estado de la República. Pero léjos de esto, S. E. el general Bravo, al retirarse para la capital de México, habia mandado llevar á la villa de Matamoros todo el material de

guerra (9), con cuya ecsistencia yo contaba para hacer frente al general Worth, que mandaba la vanguardia del ejército enemigo, y se encontraba ya en las goteras de Puebla. El Sr. general de brigada D. Cosme Fúrlong, que habia succedido al Sr. Bravo, estaba dando disposiciones para dejar la ciudad. El Escmo. Sr. gobernador, que tuvo tiempo y facilidad de reunir algunos cuerpos de Guardia Nacional con que todavía contaba el Estado, y que podian dar una fuerza de dos mil hombres, segun me habia informado su antecesor cuando bajé á Cerro-Gordo, no habia dispuesto de esas fuerzas, y únicamente puso á mis órdenes unos piquetes que no llegaban á doscientos hombres: en vez de animar al pueblo á que concurriera á la defensa de la misma ciudad, habia permitido al prefecto la publicacion de un bando, tal, como lo habria dictado el general Scott, previniendo lo que se debia observar respecto de los enemigos. El ayuntamiento tenia nombrada una comision que saliera á recibirlos y á pedir garantías.

Yo no pude mas que manifestar mi indignacion por esa conducta, ordenando, *que el prefecto fuera suspenso inmediatamente y sometido á un juicio*, y me desengañé con bastante tristeza de que no habia ni el entusiasmo ni el patriotismo que esperaba: todos parecian resignados á recibir el yugo del invasor, y en vista de tal espectáculo, y no quedándome qué hacer, adelanté mi infantería y los cinco cañones sin dotaciones que conducia, y poniéndome al frente de la caballería, salí al encuentro del enemigo para entretenerlo en Amozoc: aun para hacer ese movimiento, tuve que vencer algunas dificultades, porque de diez mil pesos que pedí para socorrer la tropa, solo la mitad se me proporcionó en una poblacion en que hay tantos capitales. Mis fuerzas constaban de

la brigada del Sr. general D. Antonio Leon, de novecientos hombres pertenecientes á la Guardia Nacional de Oajaca, de otro tanto número de los dispersos de Cerro-gordo, y de la caballería que se retiró de este punto y logré reunir y conservar en S. Andrés Chalchicomula, á las órdenes del Sr. general D. Lino Alcorta. Si esta pequeña division hubiera podido aumentarse con las fuerzas que debieron estar preparadas en Puebla, y con el parque necesario, yo habria hecho allí nuevos esfuerzos para oponerme al invasor, consecuente con mi plan de disputarle palmo á palmo el terreno; pero me ví abandonado en esa empresa: los cinco mil hombres con que se me supone entónces, son un sueño de tantos que se forjan para atacarme y poder cargar sobre mí las culpas de otras personas, de quienes nada se dice, porque las cubre cuidadosamente el espíritu de partido.

Los mismos motivos que me impidieron hacer la defensa de Puebla, influyeron para no poder defender el camino que conduce de esa ciudad á Venta de Cordoba, porque el gabinete, dominado por D. Luis de la Rosa, nada tenia dispuesto en ese sentido, con escepcion de alguna arboleda que encontré derribada en el Pinal de Rio-Frio, ántes bien estaba resuelto á abandonar la capital de la República. Cuando á ella llegué, las oficinas generales estaban preparando su marcha, y el ayuntamiento dispuesto á dar los mismos pasos que el de Puebla, porque todos creian ver llegar la vanguardia del ejército enemigo. Los habitantes de México han presenciado estos hechos: han sido testigos de que no ecsistia ni una brigada que oponer; vieron que no se habia levantado obra alguna de fortificacion, y en una palabra, nadie ignora que en aquellos dias se habia prescindido de toda idea de resistencia. Sin embargo, no me desa-

lenté por hallar las cosas en ese estado, ni ménos porque las facciones estuvieran preparando una revolucion para arrebatarme el poder: reuní una junta de generales, en la que se acordó unánimemente, *que se defendiera la capital*, y al efecto, *que yo reasumiera el poder:* en poco tiempo improvisé el tercer ejército, preparé un gran material de guerra, circundé la ciudad de fortificaciones en primera y segunda línea, y reanimé las esperanzas de los buenos mexicanos, á la vez que el invasor perdió tres meses en espera de refuerzos, que yo supe aprovechar (10).

No pretendo por esto ecsagerar mis servicios; pero mis detractores nunca podrán negar de buena fe, que solo á merced de mi afanoso empeño pudo presentarse imponente la capital, y en términos de que en una hora que la fortuna nos hubiera favorecido, habria bastado para que el general Scott quedara sepultado en el valle de México con los triunfos que tenia adquiridos. Sobre lo dicho, agregaré la circunstancia, de que todos los gastos erogados, en su mayor parte, se hicieron con los recursos que hube tambien *de procurarme*, pues aunque el clero contribuyó en los dias de mi ausencia con millon y medio de pesos en libranzas, á mi regreso solo ecsistia de esta suma un resto de ciento ochenta mil pesos; y sin embargo de estar consignada en su totalidad á los gastos de la guerra, y que contribuí á agenciarla, ni tuve parte en su distribucion, ni me sirvió en mis apuros de Cerro-Gordo y Orizava. Sensible fué para mí advertir, que entre tanto empeñaba mi crédito, echaba mano de mis ganados para alimentar al soldado que peleaba en Cerro-Gordo, y adquiria enemistades en Orizava y San Andrés Chalchicomula para proporcionar socorros y forrages, en la capital se gastaba fácilmente un millon tres-